

Jardiel,
el "impuro"

Ya propósito de implicaciones morales, ahí está la exposición de Jardiel en la sala Eburne. Yo no sé muy bien si se le puede llamar «moral» a lo que en esa exposición queda implicado. Tal vez no: la palabra «moral» anda ahora demasiado comprometida con interpretaciones farisáticas. Es, con toda seguridad, un clamor por la justicia. Pero en todo caso, todo lo que circula por esa pintura —por esos dibujos, mejor dicho— tiene el sello de lo moral-extraño, de lo justiciero-extraño a los valores llamados «plásticos» que tanto molestan aun a los sacerdotes del arte puro. Si no hubiera sido por una dosis de cólera por la injusticia, es seguro que esa exposición hubiese sido mucho más blanda y desvertebrada. Acaso, si no fuera por un cierto humor malhumorado, por un cierto desencanto, es casi seguro que la pintura toda de Paredes Jardiel no sería lo que es. Cada artista pone en juego sus propios recursos. Esos son los de Jardiel: al que le molesten, que se vaya.

Hay personas, aunque sean tímidos como Jardiel —y acaso, de manera especial, los tímidos como Jardiel— a quienes el estilo personal se les convierte en actitud enfática y en «gestos». Para que siempre tengan que decir las vestales del arte desintoxicado, Jardiel lo preparó todo muy bien para que se viese clara su intoxicación de moral justiciera. Dedicó la exposición a un poeta judío muerto en la patria recobrada años antes de la última guerra y que dejó, por lo menos, un poeta que es toda una premonición del gran crimen que los guardianes de la «craza arias» iban a cometer con sus hermanos. En la inauguración no faltó ni siquiera un candelabro de siete brazos. Hizo bien Jardiel: cuando se lanza una alocución —y eso es lo que él ha presentado en una sala de exposiciones— no basta solamente ponerse de acuerdo con los amigos, sino que hace falta también insultar al enemigo. Don Francisco de Quevedo —que por cierto era un moralista, lo que no le impidió ser uno de los más prodigiosos poetas de España— no dejó nunca de herir a sus enemigos cuando sermonaba.

He aquí para lo que sirve contar con algo que decir a la hora de hacer el arte. Yo he visto madurar a Jardiel como pintor. Es decir, yo le he visto titubear, cometer errores, rectificarse, volver sobre sus errores... Es lo normal: cada pintor es también hijo de su propia inseguridad. Pero lo que me interesa señalar ahora es el reencuentro de Jardiel con la seguridad. Es posible que estilísticamente cambie mucho en un futuro de pintor que forzosamente hay que considerar largo. Pero cambiará «de maneras», a partir de haber reencuentrado «su realidad». Lo que le pasaba al Jardiel titubeante es que estaba buscando «su maneras». Lo que le pasa al Jardiel reencuentrado es que ya cuenta con «su realidad». Pero lo importante es que lo segundo ha sustituido a lo primero, que ya la realidad no es un acceso-rio —o un subterfugio— de la forma sino que, por el contrario, «la forma» es un producto totalmente adjetivo de la realidad. Se diría que ha habido un momento luminoso en el pensamiento del pintor en el que parece haberse dicho: de la misma manera que —según se dice— la fundación crea la forma, la realidad crea el estilo. Indagar en una realidad significa encontrar un estilo «por añadidura».

Nunca, si nos atenemos a la forma en sí de la pintura de Jardiel —y que se me perdone esa especie de figura metafórica, pues no hay «formas en sí»—, nunca, a lo largo de toda su historia profesional, ha poseído Jardiel una forma más segura de sí misma, más purificada, más vigorosa. Inversamente, nunca la forma de Jardiel se ha menospreciado tanto a sí misma. Es que ha sido creada, no a partir de una consciente «voluntad de formas», sino de una conciencia de realidad.

La suya es una forma de evocación representativa. Vive el mundo de la representación, pero para negarlo, para convertir en aparición fantasmal lo que tendría que ser presencia exclusivamente visual. Aquí son los monstruos producidos por el sueño de la sinrazón y por el absurdo. Las figuras humanas pierden su carácter centrípeto y se licúan, abandonan su humanidad en una especie de vitalidad blanda y gelatinosa que, sin embargo, no deja nunca de insinuarse como forma... Hay una metamorfosis desde la morbidez hasta la osificación y, al contrario, hay una pérdida del carácter grávido en las estructuras y en los esqueletos...

Si se quiere, se le podrían encontrar concomitancias surrealistas a ese arte. Si se quiere también —y si se tiene un poco de mala intención— se le pueden encontrar concomitancias con el arte del inglés Bacon. Yo, por mi parte, no puedo dejar de esbozar una sonrisa cuando pienso en ese problema de los parecidos y de las influencias, pues sé que el magisterio influyente no se ejerce más que sobre aquel que es ya pariente en una misma intención. A lo mejor resulta que sí, que Jardiel ha descubierto su mundo en el mundo de Bacon. Pero ese mundo tenía que estar previamente en él para poder ser descubierto. Nadie identifica más que aquello con lo que se identifica. Por otra parte, el mundo de Jardiel es de Jardiel, no de otro... pero no tengo tiempo ahora para demostrar esta última afirmación.

¿Cuántos pintores quedan ya en nuestro panorama que consideren que su mundo pictórico pertenece al de los valores de la plástica pura? Que levanten la mano los que se sientan pintores puros o, por lo menos, los que lo pretendan.

JOSE M. MORENO GALVAN

FRIO
PHILIPS

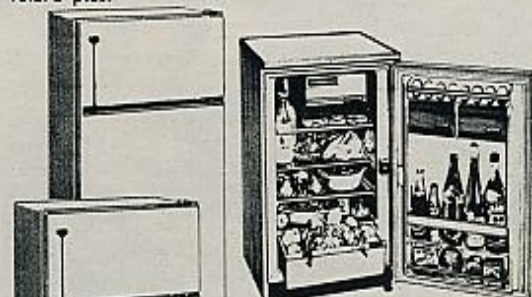
sistemas de los
laboratorios de Física
PHILIPS

GAMA VERANO 1965



- Interior de esmalte vitrificado
- Descongelador automático
- Congelador horizontal
- Marco de plástico de una sola pieza
- Cierre magnético y apertura a pedal
- Garantía Philips

HA - 3240
170 litros
10.272 ptas.



HA - 3230
140 litros
8.560 ptas.

HA - 3260
230 litros
12.412 ptas.

HA - 3250
200 litros
11.342 ptas.

¡Oye, querida,
sin PHILIPS
nada es la vida!



14 modelos entre frigoríficos,
congeladores y combinados.